

SINTESIS MALACOLOGICA

por

MARTIN DOELLO - JURADO

INVITADO gentilmente a participar en las sesiones que la Sociedad Argentina de Antropología consagra a los valiosos descubrimientos arqueológicos realizados con tanto éxito por los hermanos Wagner en Santiago del Estero, me ha parecido interesante llamar la atención sobre la presencia tan frecuente de un caracol marino, el *Urosalpinx Ruschi* Pilsbry y de otras especies de moluscos, en aquellos y en otros yacimientos, y las observaciones que ello me sugiere¹.

La primera noticia sobre este hallazgo se debe al principal autor de aquellos importantes descubrimientos, mi distinguido colega don Emilio Wagner, quien trajo personalmente en 1918² algunos ejemplares de aquel gastrópodo, que fueron entregados al entonces arqueólogo del Museo de Buenos Aires, don Eric Boman. Este, a su vez, me los entregó para su clasificación, y hoy se conservan en la Sección Malacología del mismo

(¹) Reanudo en esta nota los estudios sobre este tema, que representan una pequeña contribución como zoólogo y paleontólogo a los trabajos de antropología americana. Los había designado antes *Conquiliología "arqueológica"*; pero como en los últimos años han ido acumulándose también materiales y observaciones relativas al uso que muchos indígenas actuales hacen de las valvas de moluscos, me ha parecido que el calificativo más apropiado es "*etnológica*". En el Congreso de Americanistas de La Plata (1932), hice una exposición oral (mencionada en sus *Actas*, t. I, pág. XXIV) sobre los principales resultados hasta entonces obtenidos en el estudio de las relaciones entre los aborígenes de nuestro país y de los vecinos, basado en los restos de moluscos utilizados por ellos. Algunos de esos datos quedan incluidos en esta nota. Aprovecho esta ocasión para pedir a los colegas americanos que envíen al Museo de Buenos Aires nuevos datos sobre este tema, acompañados de los ejemplares respectivos, indispensables para la correcta determinación.

(²) Se conserva en el archivo de la Sección Malacología, una carta, en francés, de don Emilio Wagner, fechada en Buenos Aires el 16 de junio de 1918, en que me da la procedencia citada de aquellos especímenes.

Museo bajo el nº 20.721. Son ocho ejemplares, que proceden de "alrededores de Icaño, bordes del río Salado, departamento de 28 de Marzo, provincia de Santiago del Estero", y llevan el nº 2601 del señor Wagner. Este dato fué consignado por Boman en su estudio sobre el cementerio de Viluco¹. Allí resume también otros hallazgos del mismo molusco en diversas regiones señaladas ya por el autor de estas líneas, a saber², San Luis (departamento de Rocha, R. O. del Uruguay), Isla Martín García, Delta del Paraná, y provincias de Córdoba, San Luis, Mendoza y Tucumán. A esto debe agregarse el hallazgo posterior del mismo gastrópodo por el profesor F. de Aparicio³, en Coronda (Santa Fe) (ejemplares en el Museo Argentino de Ciencias Naturales, nº 15.643).

Posteriormente, y en varias ocasiones, tanto el mismo señor Wagner como su extinto hermano y digno colaborador, mi apreciado amigo señor Duncan L. Wagner, remitieron al Museo otros ejemplares de la misma especie y de los mismos yacimientos. De ellos les fueron devueltos algunos duplicados con la debida determinación (según carta dirigida por la Sección Malacología a don Emilio Wagner en fecha 8 de agosto de 1931).

El profesor Antonio Serrano⁴ menciona el hallazgo de este mismo caracol, hecho por el Dr. J. Argañarás, también en Santiago del Estero.

En las colecciones del Museo hay, además, un ejemplar (nº 20.724), recogido en Villa Matará, Santiago del Estero, por el Sr. Mateo P. Gómez.

Es realmente curioso el hecho de que esta especie haya tenido, en ciertos momentos de la vida de los habitantes autóctonos de estos países, una difusión tan grande, y puede decirse, un predominio casi absoluto. Esto se desprende no solamente del hecho de que los diferentes autores de los hallazgos, en diferentes localidades como las citadas, y en diferentes

(¹) ERIC BOMAN, *Cementerio indígena en Viluco (Mendoza), posterior a la Conquista*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XXX, 552, Buenos Aires, 1920.

(²) MARTÍN DOELLO-JURADO, *Moluscos hallados en un cementerio indígena de la isla de Martín García*, en *Physis*, III, 224, Buenos Aires, 1917. (Separado, con otras notas, bajo el título *Comunicaciones malacológicas*).

(³) FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo documento relativo a la colocación de las asas zoomorfas en la cerámica del litoral paranaense*, en *Physis*, VIII, 248, Buenos Aires, 1925.

(⁴) ANTONIO SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización chacosantiagueña* (pág. 133), Paraná, 1938. Los ejemplares a que allí se hace referencia me han sido posteriormente comunicados por el Dr. Argañarás, por intermedio del Dr. Eduardo Casanova, y he podido comprobar que se trata de la misma especie. Proceden de "Chéej, departamento de San Martín, margen izquierda del canal de Loreto".

fechas, han remitido casi exclusivamente ese caracol, sino también de las averiguaciones personales que de ellos he obtenido en muchos casos.

El *Urosalpinx Rushi* vive actualmente en la costa atlántica bonaerense y uruguaya, sin que por ahora se pueda precisar exactamente si se extiende hacia el Norte (esto es, hacia la costa de Río Grande, Brasil); pero es digno de notarse el hecho de que es bastante escaso en las costas de la provincia de Buenos Aires, mientras abunda mucho en las costas de la República Oriental del Uruguay. En las colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales son contados los ejemplares actuales hallados en Mar del Plata y en Quequén o Necochea, mientras que hay varios centenares de Punta del Este (Maldonado), Cabo Santa María, Puerto Paloma, Castillo y otras localidades de la costa uruguaya.

Se encuentra también en la margen derecha del Río de la Plata y costas de la provincia de Buenos Aires, en los depósitos marinos cuaternarios, tan extendidos y bien conocidos en estos lugares (lo mismo que en la costa uruguaya). El Dr. H. von Ihering, en su gran obra paleontológica¹, no menciona la presencia de esta especie en los depósitos marinos del Pampeano (Belgranense) ni del llamado Post-Pampeano (Querandinense) en la costa argentina del estuario del Plata, mientras que la incluye entre los de la costa uruguaya (Punta Carretas, Montevideo, donde era muy común). En un artículo suplementario², la cita para el Pampeano de Mar del Plata (Arroyo del Barco), bajo el nombre de *Ocinebra Rushi*. Existe, sin embargo, en aquellos depósitos próximos al estuario, como he podido comprobarlo en más de una ocasión, tanto en el Belgranense (Tolosa, cerca de La Plata), como en el Querandinense (entre las estaciones del Ferrocarril Sur, Plátanos y Conchitas, — ahora G. E. Hudson, — y La Plata). Allí la hemos encontrado en excursiones con los

(¹) H. VON IHERING, *Les mollusques fossiles du Tertiaire et du Crétacé supérieur de l'Argentine*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t. XIV (Serie 3ª, t. VII), 1907.

(²) H. VON IHERING, *Mollusques du Pampéen de Mar del Plata et Chapalmalán recusillis par le Dr. Florentino Ameghino en 1908*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, t. XVII (Serie 3ª, t. X), 1908. La designación de *Ocinebra Rushi*, empleada algunas veces por dicho autor, demostraría que ha tenido dudas de si la especie pertenecía al género *Urosalpinx* Stimpson; como lo ha establecido Pilsbry al fundarla, o a *Ocinebra* Leach, género afin, aunque distinto, representado también en nuestra fauna; pero en general, ha usado el primer nombre que, por todo lo que puede juzgarse, es el que en realidad corresponde.

alumnos del curso de Paleontología de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (ejemplares en el gabinete de Paleontología de dicha Facultad, n° 1627). Algunos ejemplares se encuentran a menudo sueltos, sobre las vías del tren, cerca de las citadas estaciones; son sin duda de los que han sido acarreados por el mismo ferrocarril de aquellos lugares como Magdalena, donde los depósitos son mayores; pero, de todos modos, no hay duda de que proceden de los mismos horizontes (Belgranense y Querandinense), *donde la especie ha sido bastante común, probablemente más de lo que es en la actualidad en la costa argentina*. Estos detalles sobre distribución presente y pasada no dejan de tener interés del punto de vista etnológico (que es el que aquí importa). Si los antiguos indígenas buscaban para su objeto ejemplares frescos, o por lo menos en buen estado de conservación, con sus colores naturales — como parece lógico suponer —, entonces han debido recogerlos, al menos en gran parte, en la costa uruguaya. Es sugerente, en tal sentido, el hecho de que se hayan hallado ejemplares de procedencia arqueológica, como acabamos de ver, en el Uruguay mismo, en Martín García, en las islas del delta del Paraná y en Coronda (Santa Fe). Hasta ahora no se han encontrado en paraderos de la provincia de Buenos Aires. Pero por lo dicho más arriba puede admitirse también que hayan recogido los ejemplares fosilizados de los yacimientos de la costa argentina del estuario del Plata. Es una cosa posible, pero a mi juicio poco probable.

Después de la observación que se ha subrayado, cabría aún una suposición que no quiero eludir, porque me imagino que puede ocurrírsele a alguien. Es la de que los antiguos aborígenes hubiesen recogido sus ejemplares en las costas occidentales de aquellas antiguas transgresiones Querandinense o Belgranense, esto es, cuando el mar ocupaba todo lo que es ahora el estuario del Plata y las regiones vecinas, en amplitud variable hacia una y otra margen y también hacia el Norte. Aunque nos refiriésemos sólo a la más reciente de aquellas intrusiones marinas, — el Querandinense, considerado como “Post-Pampeano”, siempre anterior a la época actual, — creo que no cabría admitir aquella posible hipótesis, pues estaríamos siempre dentro de tiempos *geológicamente* antiguos. Para aceptarla deberíamos tener pruebas muy claras y terminantes, que por ahora

faltan. Aún admitiendo, — como hay hechos y razones para hacerlo; — la existencia del hombre en la época pampeana, y cualquiera que sea el valor que deba asignársele dentro de la taxonomía antropológica, nada demuestra que aquellas antiquísimas razas puedan haber tenido una cultura ni remotamente comparable a la de los pueblos de Lajta Mauca (Chaco Santiagueño). Deseo también, por la misma causa, dejar constancia de mi adhesión a las conclusiones a que ha llegado mi distinguido discípulo el profesor Alejandro F. Bordas en estas sesiones, en el sentido de rechazar, por las explicaciones que allí da, la pretendida presencia de algunos extinguidos mamíferos pampeanos en los yacimientos arqueológicos de Santiago del Estero. (Véase, en este tomo de las *Relaciones*, “Síntesis paleontológica.”)

La mención hecha por Ihering¹ de este gastrópodo en Concepción del Uruguay (Entre Ríos) junto con otros moluscos marinos, exige algunas aclaraciones previas, como se verá en seguida, tanto más que he reproducido dicha cita en el artículo sobre los moluscos del cementerio indígena de Martín García, y el profesor Outes la ha repetido de esa misma fuente en su estudio sobre el mismo tema mencionado más adelante.

Cuando se terminó la revisión y nueva catalogación de los muchos millares de especímenes de la colección Ihering (conservada, como se sabe, en la Sección Paleontología de Invertebrados del Museo Argentino), encontré en ella los ejemplares aludidos. Son un conjunto de diez especies distintas y probablemente heterogéneas. Ihering ha admitido que ellas pertenezcan a depósitos marinos pampeanos, como los que estudia en esa parte de su obra; pero hay razones para creer que, al menos en algunos casos (que son los más interesantes), no es así. Ya había llamado su atención, sin embargo, el encontrar en aquel conjunto seis especies que señala con un signo de admiración², “no halladas hasta ahora — dice — en los depósitos post-terciarios de la desembocadura del Plata”, y que

(¹) IHERING, *op. cit.*, pág. 428, 1907.

(²) Esas seis especies se reducen a cinco, pues *Chione portesiana* (d'Orb.), que seguramente por simple lapsus Ihering señala con signo de admiración, es conocida del Belgranense de Tolosa, como el mismo lo consigna (*op. cit.*, pág. 425) y como lo hemos comprobado en varias ocasiones. *Pododesmus rudis* Brod. (3 valvas sueltas, con sus colores naturales), vive desde el sur del Brasil hasta el norte de Patagonia, pero no se ha hallado subfósil.

— añadido — son, en cuanto a su distribución actual y como conjunto, de carácter surbrasileño; pero el hecho bien comprobado y conocido, de que se encuentran como subfósiles en el Belgranense de la provincia de Buenos Aires algunas especies que ahora viven en las costas meridionales del Brasil, hacía verosímil aquella suposición. Sin excluir, por lo tanto, la posibilidad de que aquellas especies puedan encontrarse¹ en nuestros depósitos pleistocenos, tengo la convicción de que los ejemplares de Concepción del Uruguay deben haber llegado allí en otra forma. Hace tiempo que encontré en el Puerto de Buenos Aires (Dock Sur), junto con restos de arena y pedregullo que según me informé entonces habían sido traídos recientemente por un barco procedente del sur del Brasil, una porción de valvas de moluscos, y entre ellas las más notables de aquellas de Concepción del Uruguay, como los gastrópodos *Bulla striata* Brug., *Cerithium atratum* Born, y el bivalvo *Phacoides pectinatus* (Gm.), éste último con numerosos especímenes, esto es, tres de las cinco especies en cuestión. Los ejemplares de Concepción, lo mismo que los del Dock Sur, algunos están blanqueados pero no fosilizados; otros conservan en parte su aspecto reciente y colores naturales. Me parece, pues, muy probable que ellos hayan sido llevados hasta allá, en la misma forma, esto es, por barcos del sur del Brasil con arena o tal vez entre material de lastre de los mismos cuando venían sin carga². Respecto de las otras especies allí mencionadas, que se hallan también en depósitos pampeanos, creo que tampoco proceden de las cercanías de Concepción del Uruguay, pues allá no se conocen con seguridad tales depósitos, — los cuales, por otra parte, son aún bastante mal conocidos en aquella región entrerriana —. Puedo confirmar en este sentido (tomando éste y otros datos de un estudio sobre los moluscos marinos de la formación pampeana)³, que existen en los

(¹) *Bulla striata* Brug. fué señalada posteriormente por J. FRENGUELLI (*Apuntes de Geología Uruguaya*, pág. 36, 1930), en un yacimiento que considera Belgranense en Nueva Palmira, R. O. U.

(²) Se sabe que al puerto de Concepción del Uruguay entran desde hace muchos años barcos de ultramar y de cabotaje mayor desde la costa atlántica.

(³) Los principales datos paleontológicos de aquel estudio los he adelantado al Dr. EGIDIO FERUGLIO, quien los ha incluido en su obra *I Terrazzi marini della Patagonia*, 1933 (cf., págs. 28-30, etc.).

alrededores de la ciudad de Gualeguaychú, donde los he examinado, y es probable que no pasen mucho más al norte de esa localidad¹.

En cuanto a las condiciones en que aquellos ejemplares habían sido hallados, la indicación es demasiado vaga, “en los bordes de algunos arroyos cerca de Concepción del Uruguay”. Recordemos que ellos fueron enviados a Ihering, con ese dato, por el meritorio historiógrafo y antiguo profesor del Colegio Nacional del Uruguay, Sr. Benigno T. Martínez, quien fué también un estudioso de cuestiones etnológicas de la provincia de Entre Ríos y realizó, con ese objeto, viajes por la zona del sudeste de aquella provincia, desde Gualeguaychú hasta Gualeguay, como lo refiere el profesor Torres en su obra sobre el Delta, citada más adelante (págs. 48-49). Es, pues, posible, que algunos de sus ejemplares hayan sido recogidos por Martínez en esos viajes, y que procedan, por lo tanto, de localidades al sur de Concepción del Uruguay. Así, por ejemplo, *Anomalocardia brasiliensis* (Gm.) es una de las especies que se hallan en Gualeguaychú (antigua cantera de Prat) y que figura entre las de B. Martínez, quien posiblemente habría mezclado después ejemplares de diferentes procedencias, suposición que es casi una certidumbre por lo que viene a continuación.

La presencia entre ellos del mencionado *Phacoides pectinatus* induce, desde luego, a hacer una salvedad. Es una especie muy común en los “sambaquís” del Sur del Brasil, de donde ha sido citada muchas veces en la abundante bibliografía del tema, hasta en las publicaciones más recientes de nuestros colegas brasileños, con el nombre anticuado de *Lucina jamaicensis*², que es sinónimo del anterior, siendo esta especie, precisamente, el genotipo de *Phacoides* Blainv. He examinado dos ejemplares de los sambaquís, remitidos para su determinación por el Prof. Serrano, quien hace constar la sinonimia actual³. Algunos autores señalan esta especie

(¹) En el plano de distribución del Querandínense que publica A. WINDHAUSEN (*Geología Argentina*, 2ª parte, pág. 476, donde trata estos temas muy someramente), hace llegar aquella ingesión más al norte de Concepción del Uruguay, y ello debe ser en base a los datos que aquí se discuten. FERUGLIO (*op. cit.*, pág. 246) repite también, sin comentarios, los mismos datos.

(²) Así, por ejemplo, OTHON HENRY LEONARDOS, *Concheiros naturais e sambaquís* (Ministerio d'Agricultura, Depart. Nac. da Produção Mineral, avulso n° 37, Río de Janeiro, 1938).

(³) ANTONIO SERRANO, *Los sambaquís o concheros brasileños*, en *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán*, I, 46, Tucumán, 1938. Habría que revisar, disponiendo del material necesario, la lista que allí aparece de los nombres vulgares y científicos

para el Uruguay, pero nunca hemos podido confirmarlo: si existe allá, debe ser sumamente rara. Aunque a mi juicio la explicación más probable de la presencia de este bivalvo en la localidad entrerriana sea la vía artificial y muy reciente que se ha señalado, es interesante para los arqueólogos dejar establecida la posibilidad de que hubiese sido llevado allá por antiguos indígenas desde los sambaquís o desde las playas del Brasil. Esta posibilidad se relaciona con el dato siguiente, que nos trae al tema fundamental de estas páginas.

Al examinar detenidamente el ejemplar (único) del lote de Benigno Martínez citado por Ihering como *Urosalpinx Ruschi*, he podido comprobar que aunque curiosamente semejante a él por su tamaño y por su aspecto, es una cosa muy distinta, puesto que pertenece, sin duda alguna, al género *Purpura* Lam. (= *Thais* Bolten, siendo aún discutible a cuál de estos dos nombres debe dársele validez). Es un ejemplar juvenil, un poco desgastado pero aún bastante fresco, brillante y pulido. Lleva, además, una perforación pequeña, muy probablemente intencional, en la parte posterior y media del último anfracto, esto es, sobre un plano casi justamente opuesto de 180° a aquel en que los verdaderos *Urosalpinx* suelen llevar la perforación (por ejemplo, el señalado con letra *g*, fig. 1), pero más abajo. Por todo esto, el origen "etnológico" de este espécimen parece indudable. No me es posible con tal ejemplar decir con seguridad la especie a que pertenece, máxime tratándose de un género como *Purpura*,

de los moluscos cuyas abundantísimas valvas constituyen uno de los elementos principales y más discutidos de aquellos "concheros". De ellos sólo he visto el citado *Phacoides*. El "berbigão"; por ejemplo, aparece en dicha lista como *Cryptogramma brasiliana* Gm. y varias líneas más abajo figura, sin equivalente vernacular: "*Venus flexuosa* d'Orb. (Sin.: *Anomalocardia brasiliana*)", que son sinónimos de aquél, siendo el último de estos tres nombres el que es válido.

La misma especie de *Phacoides* está citada como *Lucina jamaicensis* para el sambaquí de Saquarema (Estado de Río de Janeiro), por A. C. SIMOENS DA SILVA (XXVº Congreso de Americanistas, La Plata, 1932, t. II, pág. 179, Buenos Aires; 1934), y puede reconocerse muy bien en la lámina V de ese trabajo. Cabe observar, de paso, que lo mencionado en la lámina IV como "cáliz de Crinoideo" (y que es el ejemplar del ángulo superior a la derecha de esta lámina), es en realidad un Cirripedio, *Coronula diadema* (L.). Aparte de que la foto no deja lugar a duda, sería muy interesante, pero del todo inverosímil, la existencia de Crinoideos en aquellos depósitos, mientras que es muy natural la del Cirripedio que vive como epízoo sobre las ballenas de los mares australes, que llegan también hasta una latitud mucho más baja, y de las cuales se citan allí unos restos óseos del mismo sambaquí. La *Coronula* ha sido identificada hace tiempo en nuestras colecciones por el autor de estas páginas (*Algunos Cirripedios, etc.*, en *Physis*, t. V, pág. 61, 1921; *Revista Geográfica Americana*, n° 2, pág. 14, figs. 10 y 11, 1933).

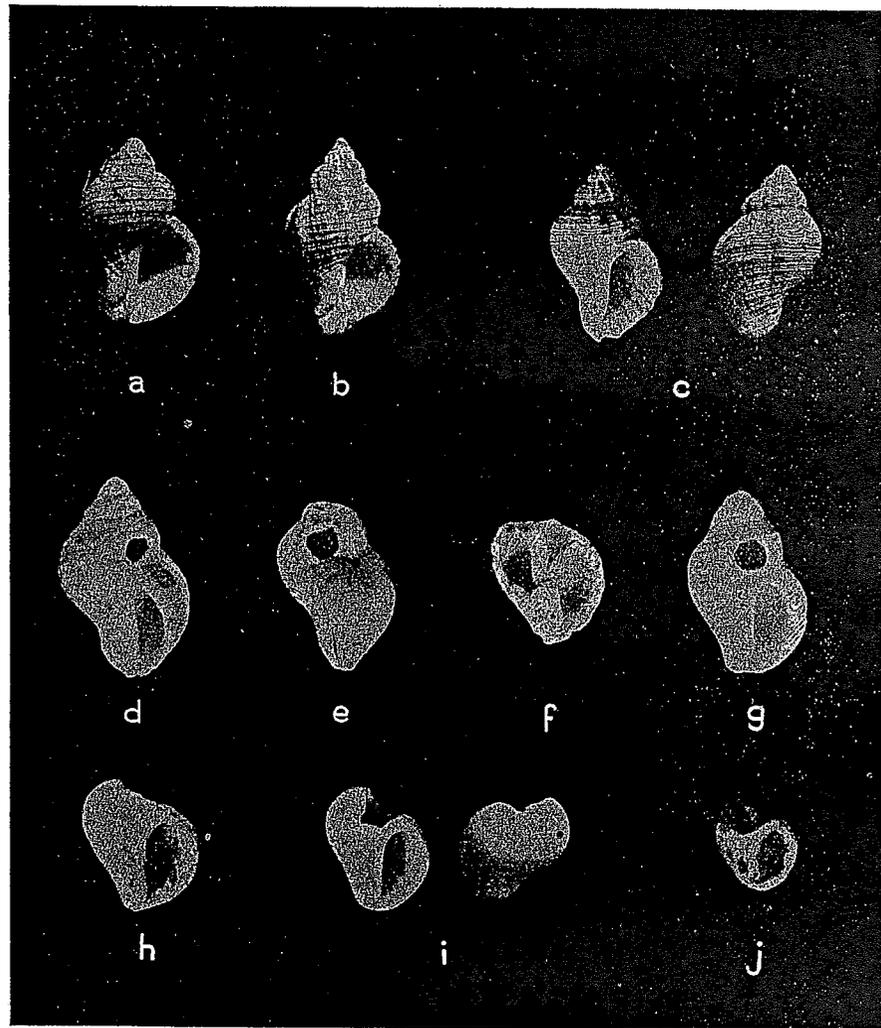


Fig. 1. — *Urosalpinx Ruschi*: a, b y c, ejemplares actuales, intactos, de Mar del Plata y de Cabo Santa María, para comparación; las líneas espirales son cordoncillos de color rojo; d, e, f, y g, ejemplares de los túmulos del Río Salado (E. Wagner); h, ejemplar de Viluco, Mendoza; i, ejemplar de Martín García; j, ejemplar de San Luis (R. O. U.).

con formas tan extraordinariamente variables que constituyen uno de los ejemplos clásicos de polimorfismo en malacología. Una de esas especies, *Purpura haemastoma* (L.), llega hasta las costas de Maldonado, de donde existe en el Museo Argentino abundantísimo material de adultos y jóvenes; pero el ejemplar en cuestión no puede identificarse con ninguno de ellos. Debe ser, pues, alguna de las numerosas y todavía no bien definidas variedades, o tal vez verdaderas subespecies, de aquella especie o de alguna vecina que existen desde las Antillas hasta las costas del Sur del Brasil. En tal caso, tendríamos un ejemplo de las posibles relaciones etnológicas a que se hacía referencia en el párrafo anterior.

El hallazgo del Delta, de donde el Prof. Torres¹ mencionó por primera vez el *Urosalpinx*, requiere también una explicación. En mi noticia anterior me limité a citar el hecho, añadiendo que la determinación había sido hecha por Ihering, según referencia del mismo Torres, pues no había tenido ocasión de examinar los ejemplares respectivos, como lo hace notar Outes en su estudio arqueológico sobre Martín García², donde lamenta

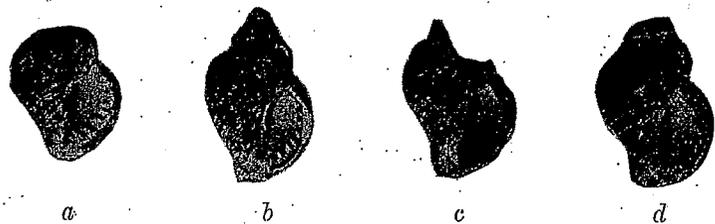


Fig. 2. — *Urosalpinx Rushi*: a, b, c y d, ejemplares de tumbos de Santiago del Estero, de color oscuro, considerados "fósiles" (tamaño natural).

que el autor anterior no haya dado más datos sobre el lugar y condiciones del hallazgo. Posteriormente pude comprobar que unos ejemplares conservados en el Museo de Buenos Aires (n° 20.728) eran los mismos citados

(¹) LUIS M. TORRES, *Los primitivos habitantes del delta del Paraná*, págs. 435-436. Buenos Aires, 1913.

(²) FÉLIX F. OUTES, *El primer hallazgo arqueológico en la isla de Martín García*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LXXXII, 265, Buenos Aires, 1917.

por Torres, Tres de ellos llevan la indicación "Tumbos de Entre Ríos", de letra de Carlos Ameghino, y el nombre de la especie de letra de Ihering. Así, pues, la localidad queda un poco mejor precisada, pues sabemos que proceden del Delta entrerriano¹.

Pero hay una observación de Torres, sobre la cual ni Outes ni Boman han llamado la atención a pesar de la escrupulosidad en sus citas y compulsas, que no era el menor de los muchos méritos de ambos arqueólogos. Torres (*loc. cit.*) opina que estos caracoles (junto con otros productos orgánicos), han servido de alimento a los indígenas de aquella región, quienes, "han hecho — dice — verdaderos sacrificios para llevar a las localidades preferidas los mariscos (muchos ejemplares de *Ocinibra Rushii* Pilsbry² y la misma *ampullaria*"... El sentido de este párrafo no parece muy claro. Las Ampullarias — los bien conocidos caracoles de agua dulce —, viven en aquellos mismos lugares, y sus restos, como lo refiere el mismo Torres³, se encuentran en gran abundancia en aquellos antiguos paraderos, y sin duda les han servido como alimento. En cambio, es inverosímil que este pequeño gastrópodo marino haya sido utilizado para ese fin, ni menos que hayan hecho los indios largos viajes a la costa atlántica para procurarse tal "marisco", y sólo ese, pues no se han hallado hasta ahora restos de otros moluscos marinos.

Los citados ejemplares de *Urosalpinx Rushi* del Delta (ocho en total), son todos pequeños, con la espira rota, de modo que sólo conservan el último anfracto, y este mismo incompleto, a veces reducido a la mitad. Están muy desgastados y semifosilizados, de tal modo que su determina-

(¹) Como se sabe, Torres hizo algunos de sus viajes de estudio por encargo del Museo de Buenos Aires, y así lo dice en su obra (págs. 51-52). Por eso es que, según allí también lo conigna, algunos de los materiales recogidos en esas excursiones se conservan en este Museo (como es el caso de los caracoles mencionados más arriba). El principal de los viajes así realizados fué el de 1904, al Norte del Paraná-Guazú hasta Nancy y Puerto Landa, de modo que dichos caracoles deben haber sido hallados en algunas de esas localidades.

(²) Así lo ha escrito el autor: "*Ocinibra*" es, sin duda, un simple error de imprenta, en vez de *Ocinibra* (ver pág. 201); "*Rushii*" es en realidad como lo escribió Pilsbry al designar por primera vez la especie (*The Nautilus*, vol. XI, n° 1, pág. 8, Philadelphia, 1897); pero se escribe ahora *Rushi*, ajustándose al uso de la nomenclatura moderna según la cual, tanto en Zoología como en Paleontología, se agrega simplemente una *i*, — indicatriz del genitivo latino (¡convencional!), para todos los casos —, al nombre de la persona a quien se dedica una especie (en este caso al Dr. William H. Rush, del buque "Yantic", de Estados Unidos, quien descubrió este gastrópodo en la costa de Maldonado, R. O. U.).

(³) L. M. TORRES, *op. cit.*, pág. 436, nota 1.

ción segura resultaría imposible si no se dispusiese — como en otros de los casos aquí considerados —, de largas series de especímenes de comparación de tamaños intermedios y en análogos estados de desgaste y de destrucción (natural o intencional). Además, están recubiertos en gran parte por una costra fina, dura, oscura, de materia húmica y de hidróxido de hierro. En todos estos caracteres físicos, y también en el tamaño reducido, son muy semejantes a los de los tómulos de San Luis (R. O. U.) hallados por el Sr. José H. Figueira, de los cuales se reproduce uno en la figura 1, *j*.

Después de hecha la presente comunicación, el Jefe de la Sección Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, Dr. Eduardo Casanova, realizó un viaje de estudio a Santiago del Estero. A raíz de ello, el Sr. Wagner ha tenido la amabilidad de enviarme otra serie de ejemplares del caracol que motiva esta nota, juntamente con ejemplares de otros moluscos, y nuevos datos sobre el *Urosalpinx Rushi* (en carta fechada en Santiago del Estero, agosto 18 de 1940).

Agrego aquí, pues, las observaciones y reflexiones de mayor interés que se desprenden de las nuevas informaciones.

Una de ellas es la abundancia realmente extraordinaria — mucho mayor de lo que suponíamos — del citado gastrópodo en aquellos yacimientos. Afirma, en efecto, el Sr. Wagner que ha recogido “*más de tres mil ejemplares*” en aquellos lugares de Santiago del Estero. De ellos ha cedido al Museo de Buenos Aires una nueva serie seleccionada, de los que aparecen algunos en la figura 1 de esta nota (*d, e, f, g*).

El Sr. Wagner distingue, entre los ejemplares de su nueva remesa, algunos que denomina “*fósiles*” (fig. 2). Se trata de especímenes (Wagner ha recogido, dice, más de 500), de color oscuro, casi negro, algo semejante al que presentan a veces los verdaderos restos fósiles teñidos por óxido de hierro y de manganeso. Sin excluir la posibilidad de que los ejemplares enterrados durante muchos años en yacimientos prehispánicos puedan adquirir aquel carácter, debo decir que en este caso no sucede eso. Son ejemplares que, como es muy frecuente y muy conocido en la actualidad en depósitos de playa cuando hay abundante descomposición de sustancias orgánicas, se tiñen del mismo color obs-

curo. Además, estos ejemplares, lo mismo que la gran mayoría de los que he examinado en diferentes localidades, no tienen los caracteres físicos de la fosilización (pérdida del brillo natural, aspecto mate, superficie porosa, etc.), sino que, por el contrario, su mismo brillo (más o menos atenuado), demuestra que, en general, no han perdido del todo la substancia orgánica (conquiolina) propia de las valvas de los moluscos. No hay, pues, ninguna razón para poder separar ejemplares “*fósiles*” y “*no fósiles*”.

La sugerencia hecha por el Sr. Wagner ha resultado, sin embargo, interesante, pues ha obligado a hacer esta aclaración y la que sigue. Pueden en algunos casos las valvas halladas en excavaciones arqueológicas presentar los citados caracteres generales de fosilización, sin que por ello pueda hablarse de *fósiles*. Tal ocurre, en efecto, en algunos de los ejemplares de *Urosalpinx Rushi*, pero no, precisamente, de los remitidos por el Sr. Wagner. Así, por ejemplo, los de Argañarás, citados más arriba, y que han sido hallados en depósitos post-hispánicos, presentan, sin embargo, acentuados caracteres de fosilización.

Los ejemplares de Ombú de Basualdo (Coronda, Santa Fe), están también semi fosilizados.

En cambio casi todos — y principalmente los de Wagner — presentan una pátina, evidentemente producida por el uso por parte de los indígenas, y por el frotamiento sobre la piel (sin duda grasosa!), pátina que aún no ha desaparecido, y que no habría podido verificarse, muy verosímelmente, sobre ejemplares fosilizados. Los especímenes oscuros antes citados son, justamente, los que exhiben más acentuada esta pátina brillante.

De todo esto se deduce que el estado físico de los ejemplares no tiene relación con su mayor o menor antigüedad, sino con las condiciones del terreno en que han permanecido más o menos largo tiempo.

Los numerosos ejemplares que he examinado de todas las localidades citadas, que aquí no es necesario detallar, presentan todos, sin excepción, rota la extremidad superior o “*espira*”, o bien, una perforación en la base de la misma, o, como sucede en algunos casos, conservan la espira pero tienen la perforación. Todo ello es muestra de un trabajo intencional, destinado a hacer sartas o collares con estos caracoles, como ya lo señalé

en la primera noticia antes mencionada, referente al cementerio de la isla de Martín García, y lo ha repetido luego Boman en su ya citado estudio. No hay un solo ejemplar que esté completamente entero.

En su reciente excursión a Santiago del Estero, el Prof. Casanova tuvo ocasión de encontrar personalmente, en un yacimiento arqueológico de Pozo Verde (departamento de Silípica), ejemplares del mismo *Urosalpinx Rushi*, que he examinado. Tienen, como los de Argañarás, aspecto de fósiles, aunque en grado un poco menor. Es interesante consignar que, lo mismo que en el caso citado, han sido hallados junto con objetos indígenas y europeos, como lo refiere Casanova en otro lugar de esta misma publicación, al concretar su opinión acerca de los aborígenes de Santiago del Estero.

Entre los nuevos materiales enviados por el Sr. Wagner se encuentran también muy pocos ejemplares de otros moluscos marinos que viven en nuestra costa atlántica, desde el Norte de Patagonia hasta el Sur del Brasil. Los gastrópodos (o caracoles) son los siguientes:

Buccinanops cf. deforme (King). — Un ejemplar con la espira entera, pero desgastado y roto en el último anfracto, del cual falta la mitad terminal, aproximadamente; coloreado de obscuro como los *Urosalpinx* considerados "fósiles" a que antes me he referido, y así considera Wagner también a éste. Encontrado "en excavaciones, Villa La Punta, Sierra de Guasayán".

Olivancillaria auricularia (Lam.). — Un ejemplar íntegro, de aspecto muy reciente, con sus colores naturales apenas atenuados, de Punta Isla, Río Salado.

Olivancillaria brasiliensis (Lam.). — Un ejemplar entero, desgastado, bastante fosilizado, remitido por J. Argañarás con el *Urosalpinx* antes mencionado, de Cheej.

Hay, además, un bivalvo: *Pectunculus longior* Sow. Dos valvas pequeñas de "Averías del Bracho, cercanías del Fortín de Mancapa". Ambas son de aspecto reciente, brillantes, un poco descoloridas. La mayor está rota en el borde anterior. La más chica, entera, lleva una perforación pequeña, de contorno muy regularmente circular, de apenas 2 milímetros de diámetro, con bordes suavemente desgastados, muy distinta, por lo

tanto, de las que pueden verse en *Urosalpinx* y en otros casos. Interesará a los etnólogos saber que esta clase de perforaciones no son intencionales, como lo parecen y como lo ha creído el Sr. Wagner en este caso: tienen, en cambio, todas las características de las que son hechas, en vida del animal, por caracoles también marinos, dotados de una pequeña proboscis perforante con la cual tienen la particular facultad de atravesar las valvas de otros moluscos, cuyos tejidos así succionan. Son comunes en nuestras costas las valvas idénticamente perforadas, y son varias las especies de gastrópodos que pueden hacerlo, siendo la más común el *Trophon geversianus* (Pallas).

Por todo lo que he tenido ocasión de ver, esta clase de perforaciones pueden siempre distinguirse de las artificiales, como aquéllas, análogas en forma y dimensiones, que los indígenas efectuaban en los pequeños discos de conchillas con los que hacían collares; pero aún en este caso, los caracteres de los bordes y de la superficie interna de la perforación permitirían, ante un examen minucioso, no confundirlas con las que efectúan los citados caracoles. Naturalmente, no debe excluirse la posibilidad, y hasta la probabilidad, de que los aborígenes hayan utilizado los ejemplares de éstas u otras valvas así perforadas para hacer con ellas sus collares, si las recogían u obtenían en cantidad suficiente¹. Más aún, es probable que hayan conocido muy bien el verdadero origen de esta clase de perforaciones, pues, como se sabe, en general tenían muy desarrolladas sus facultades de observación de las cosas de la naturaleza en cuyo contacto directo vivían. Al menos, los que habitaban las costas del mar (y de cuyas manos han debido salir en su origen todos los ejemplares de esta clase), lo han sabido, y verosímilmente lo han transmitido a sus intermediarios — en el caso de que la presencia de estos productos marinos en regiones mediterráneas deba interpretarse por vías indirectas, lo que a los etnólogos corresponde dilucidar —. Sería dable también su-

(1) Entré los materiales traídos recientemente al Museo Argentino por su entusiasta colaborador el Sr. Leoncio S. M. Deodat, estudioso de la etnología patagónica, veo casualmente una numerosa serie de valvas del mismo *Pectunculus longior*, de paraderos de Puerto San Antonio (Río Negro, Patagonia), todas ellas perforadas, indudablemente, por gastrópodos. Todas son, como las de Santiago del Estero, pequeñas (de 10 a 28 mm. en su diámetro mayor), en comparación con el tamaño del adulto (de 40 a 45 mm., aproximadamente). Esto se explica porque estas últimas son sumamente gruesas y sólidas, y no pueden ser perforadas. Los pocos ejemplares así perforados que existían en nuestras colecciones, encontrados en su *habitat* natural, son también pequeños.

poner — aventurándonos un poco en la interpretación de aquellas mentalidades primitivas — que ellos hayan atribuido un valor o significado particular a las valvas perforadas por aquel curioso procedimiento biológico (que es, en el fondo, otro pequeño problema de psicozoología), y las hayan buscado especialmente, apreciando la perfección del trabajo que ellos por otros medios se afanaban en realizar; o bien, en el caso de que esta hipótesis no fuese exacta, porque ignorasen la forma en que él había sido hecho y le atribuyesen tal vez un carácter sobrenatural o mágico.

Otra cosa interesante en esta nueva remesa de Wagner es la presencia de especies de moluscos marinos de la costa pacífica de Sud América, que demuestran cómo las influencias (directas o indirectas) de aquellas regiones — ya señaladas por otros autores, y también por el autor de estas páginas, para las provincias andinas y del Noroeste argentino — han llegado también a Santiago del Estero, aunque mucho más escasamente (en lo que a materiales malacológicos se refiere). Las especies son las siguientes, con los datos esenciales en cuanto al estado de los ejemplares:

Oliva peruviana Lam. — Cuatro ejemplares de este caracol, de Aeriás, Laguna Muyu y Sequía Vieja. Todos están casi enteros, blanqueados o conservando apenas vestigios de los colores naturales, otros semifosilizados; pero todos tienen en el ápice, que es deprimido, una perforación que puede ser en parte resultante del desgaste natural, pero que, sin duda, ha sido ampliada intencionalmente. La especie vive actualmente desde Chile (latitud de Valparaíso) hasta el Sur de la República del Ecuador. Se la conoce desde hace mucho tiempo como hallada en sepulturas arqueológicas del Perú, Bolivia y Noroeste de la Argentina. Boman¹ la menciona de Sansana, en la Quebrada de Humahuaca; de Arroyo del Medio (en la región extraandina de Jujuy), y de Quilmes (valle de Yocavil).

En la expedición del Museo Argentino a Bolivia (1933), obtuve dos ejemplares de *Oliva peruviana*, que fueron hallados por nuestro amigo el Prof. Posnansky en Tiahuanacu. Ambos están semifosilizados; el más

(¹) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine*, etc., t. II, págs. 781, 842, con bibliografía. París, 1908.

pequeño lleva una perforación en el ápice; el mayor tiene seccionada toda la parte superior hasta la angulosidad del último anfracto, y lleva además una perforación por fricción transversal cerca del borde inferior.

Acanthina calcar (Martyn) var. *crassilabrum* (Lam.). — Un ejemplar de “túmulos de Mancapa”, blanqueado, semifosilizado, roto en el ápice y en la parte anterior izquierda del último anfracto. Este espécimen es relativamente pequeño (27 mm. de alto) para el tamaño normal de esta variedad, que vive desde el Sur del Perú hasta el Sur de Chile. Anteriormente el Sr. Wagner había remitido otro ejemplar análogo de “Túmulos de Las Marías, Chaco Santiagueño”.

Esta misma forma ya fué señalada en la provincia de Mendoza¹, en una tumba indígena de Uspallata; ejemplar grande, entero, traído por el Dr. Angel Gallardo.

Natica sp. — Un ejemplar de otro caracol, roto, descolorido, brillante, de 22 mm. de altura. No me es posible identificar con seguridad la especie, pero no coincide con las formas conocidas de nuestra costa atlántica, asemejándose, en cambio, a algunas del Pacífico, como *N. cora* d'Orb.

Arca sp. (?). — Un fragmento de 35 x 10 - 12 mm., aproximadamente, hallado a “flor de tierra cerca del Fortín Mancapa” (lleva escrito “Chilca”). Es porción de un bivalvo marino grueso, sólido, que por su escultura parece una *Arca*, y en tal caso sería también del Pacífico, pues no conocemos en la costa atlántica, de donde tenemos varias *Arca*, ninguna comparable. Es curioso observar que los indígenas hayan conservado en sus moradas simples fragmentos como éste, pues no hay duda de que así han estado originalmente en sus manos y no se trata de una pieza rota posteriormente (como serían los fragmentos de una de sus vasijas de cerámica). Autoriza a pensarlo así el hecho de haber sido mencionados ya antes casos análogos de moluscos marinos de la costa del Pacífico hallados por el Dr. Salvador Debenédetti en Angualasto (provincia de San Juan)². Se trataba también de dos pequeños trozos, uno de *Pecten purpuratus* Lam.

(¹) M. DOELLO-JURADO, *Notas sobre Acanthina calcar* (Martyn), en *Physis*, III, 271, Buenos Aires, 1917 (separado, con otras notas, bajo el título *Comunicaciones malacológicas*).

(²) M. DOELLO-JURADO, *Algunos moluscos utilizados por indígenas antiguos de la Argentina*, en *Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*, Tucumán, 1916, pág. 435. Buenos Aires, 1918.

(de 34 x 25 mm.); otro de *Concholepas concholepas* (Brug.) (de 45 x 25 - 30 mm.).

A propósito de *Pecten purpuratus*, creo que serán de interés para los arqueólogos las siguientes anotaciones. Boman¹ halló esta especie en La Paya (o La Paya), Valle Calchaquí. El autor se limita a citar el ejemplar (único), sin ningún comentario; pero su foto muestra, en cambio, que esa valva ha sido objeto de un trabajo intencional y muy notable. En la misma localidad había hallado también Ambrosetti varios ejemplares de la misma especie, que menciona en su obra sobre aquellos yacimientos² simplemente como "*Pecten*" (con fotos), pero indica su procedencia del Pacífico y advierte claramente algunas de sus modificaciones por desgaste intencional. El mismo arqueólogo, y luego Debenedetti, volvieron a hallar después numerosos ejemplares en el Pucará de Tilcara, y ambos me facilitaron gentilmente todos sus especímenes, que tengo a la vista y describiré brevemente. Todo el contorno de las valvas, incluyendo las aurículas, ha sido rebajado por desgaste; también lo han sido, en grado variable, las costillas de la cara externa; pero lo más curioso es el desgaste de la cara interna (que es la exhibida en la figura de Boman), de la cual se ha dejado en su grosor original sólo una faja alrededor del borde, de unos 12 - 15 mm. de ancho, donde se ha conservado así el hermoso color purpúreo (aún bien visible en varios especímenes), coloración que en estado natural ocupá, desvaneciéndose gradualmente hacia el interior, una zona mucho más ancha. Con esta laboriosa y prolija maniobra los aborígenes han hecho de estas valvas objetos sin duda muy vistosos, y que aparecen así característicos para esas culturas.

Son siempre las valvas izquierdas, más cóncavas que las derechas (en ésta lo mismo que en otras especies del subgénero *Chlamys*), las que han sido trabajadas así. No llevan perforaciones artificiales como para ser suspendidas (algunas tienen agujeros irregulares, producidos verosímelmente por rotura o desgaste), lo que, añadido al dato anterior, indicaría que esas valvas han sido usadas como recipientes de alguna substancia

(¹) E. BOMAN, *Antiquités*, t. I, pág. 242, pl. IX, fig. 20.

(²) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, pág. 518, fig. 285, Buenos Aires, 1907.

más bien que como adorno. Tengo a la vista (también en las colecciones del Museo Argentino) tres valvas enviadas por mi ilustrado colega el doctor Aureliano Oyarzún, de un yacimiento de Calama (Norte de Chile): dos de ellas no presentan alteración, pero la otra (también la más cóncava) exhibe claramente el mismo trabajo de desgaste y pulimento aquí descrito. Otro estimado colega chileno, el Dr. Enrique E. Gigoux, me envió ejemplares del cementerio indígena de Puerto Inglés, al sur de Caldera, que no han sido manipulados; pero en su "*Contribución a la Conchiliología arqueológica*"¹, este autor cita ejemplares que, por su descripción, han sufrido aquella misma manipulación.

El Dr. Francisco P. Moreno² había señalado ya la presencia de moluscos del Pacífico en Río Dulce (Santiago del Estero), sin dar los nombres de las especies, de modo que la indicación debía considerarse al menos como dudosa; pero los presentes hallazgos de Wagner vienen a confirmarla.

Hay otro hecho sobre el cual debe llamarse también brevemente la atención de los etnólogos. Es el del tráfico actual de estos objetos entre los aborígenes de aquellas regiones, del que ya se han ocupado otros autores. Puedo confirmarlo en lo referente al Altiplano de Bolivia. En la misma ciudad de La Paz, obtuve (1933) de manos de una india (de las que venden tejidos y baratijas en sus pequeños negocios) una valva de *Pecten purpuratus* (derecha, esto es, la menos cóncava), intacta, con sus colores naturales, y dos de cada una de las siguientes especies de bivalvos de las costas de Chile y del Perú: *Semele solida* Gray, *Psammobia solida* Gray y *Protothaca thaca* (Mol.); todas ellas son también frescas, pero con una perforación groseramente ejecutada. Algunas de estas almejas suelen ser llevadas allá actualmente para alimentación, junto con otros mariscos del Pacífico. La misma india tenía ejemplares de Asteroídeos o estrellas de mar ("mar-estrella", como ella decía), a las cuales parece que atribuía virtudes medicinales no muy claras.

Volviendo a aquellas otras especies de moluscos marinos de los yacimientos arqueológicos de Santiago del Estero, se comprueba que están

(¹) E. E. GIGOUX, *Boletín del Museo Nacional*, t. XV, pág. 5, Santiago de Chile, 1936.

(²) F. P. MORENO, *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca*, en *Revista del Museo de La Plata*, I, 211, La Plata, 1890-91.

representados por uno solo o muy pocos ejemplares, y aún por simples fragmentos, pues don Emilio Wagner, buen coleccionista zoológico, ha recogido cuidadosamente todo lo que ha hallado. Asimismo, forman todos ellos un porcentaje insignificante en comparación con *Urosalpinx*.

En resumen, creo que de los datos anteriores se deduce claramente que en cierta época de la vida cultural de los indígenas de estas regiones el *Urosalpinx Rushi* ha tenido una gran boga, podría decirse una "moda" (como ya lo dijo Boman). En algunos casos se comprueba indubitadamente que esa moda ha llegado hasta la Conquista española (Viluco, los casos citados del mismo Santiago del Estero, etc.). Parece, pues, lógico suponer que lo mismo debe aplicarse a la cultura "chacosantiagueña" de los hermanos Wagner, donde, como hemos visto, el uso de este caracol llegó a su más alto grado, a juzgar por su vasta difusión.

Al expresar esta convicción, quiero añadir que, a mi juicio, ello no disminuye el gran mérito de la obra de nuestros colegas ni el valor de sus hallazgos, que han despertado un interés tan grande entre los estudiosos, como se comprueba por estas mismas discusiones.

Apéndice: UN RECUERDO A LA MEMORIA DE DUNCAN L. WAGNER.

Espero que mis estimados colegas de Buenos Aires me han de excusar si termino estas líneas con un recuerdo personal, corroborativo de lo que acabo de decir. Cuando Duncan Wagner dió en esta ciudad, el 12 de diciembre de 1929, y en el antiguo local de este Museo, su primera conferencia pública, en francés, sobre esta materia, me pidió con amistosa deferencia que le sirviera de "introducción". En esa ocasión pronuncié las palabras que me permitiré reproducir aquí, no tanto porque en ellas puede verse claramente la distinción que desde entonces hacía entre los hechos y las interpretaciones en la obra naciente de los hermanos Wagner, sino más bien porque deseo rendir con ello un homenaje cordial a la memoria de Duncan Wagner.

Decía allí, después de expresar la satisfacción con que el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires auspiciaba aquella disertación¹:

(1) Estas palabras fueron reproducidas fragmentariamente en los principales diarios de la

"Esta satisfacción es tanto más justificada, y por decirlo así desinteresada, cuanto que esta institución no ha tenido en aquellas investigaciones una intervención directa, ni aspira, por lo tanto, a ningún mérito en ellas; su satisfacción es sólo la de haber contribuido, con los elementos de su sección arqueológica y de su biblioteca, a facilitar la elaboración de aquellos resultados en los tres meses que el señor Duncan Wagner ha permanecido aquí, entregado a sus tareas de comparación de materiales y de rebuscas bibliográficas. Ha realizado ese trabajo con un celo inteligente, una extraordinaria laboriosidad y entusiasmo juvenil de que todos hemos sido testigos, con sorpresa y hasta con cierta emoción, tanto por la actividad intelectual que su tarea revela, como por el amor apasionado que ha puesto en los objetos de su estudio y meditación. Si nuestro simpático huésped de hoy no tuviera otros méritos, estos solos valdrían para señalarlo a la afectuosa consideración y al reconocimiento de todos los que estudian el pasado del suelo americano, cualesquiera sean sus opiniones o tendencias. Pero sería inoportuno seguir con su elogio en su presencia, y hasta un poco indiscreto, pues el aplauso debe ser compartido con su ausente hermano don Emilio, en una proporción que no me corresponde establecer.

"Hay en esta obra dos aspectos que interesa destacar. Uno es el hallazgo real y el desentierro de una serie enorme de piezas reveladoras de una antigua y muy notable área cultural autóctona, de la cual apenas se conocía uno que otro vestigio, y la preparación, descripción y los hermosos dibujos de las principales de ellas, que tenemos a la vista, acompañadas de una minuciosa documentación de cada ejemplar. Esto constituye un conjunto de hechos y datos positivos de importancia indiscutible, un magnífico aporte a la arqueología argentina, que es ya deudora a los hermanos Wagner por la forma escrupulosa e inteligente en que han llevado a cabo, con encomiable diligencia y excelente criterio, una tarea verdaderamente penosa y pesada, sin ahorrarse esfuerzos ni sacrificios.

"Es también digna de encomio la ayuda que les han prestado el Gobierno de Santiago del Estero y la Universidad de Tucumán; y debe ser muy grato al bien entendido sentimiento nacional, comprobar cómo las

Capital, e íntegramente en otros, por ejemplo: "La Epoca", Buenos Aires, 13 de diciembre de 1929; "El Liberal", Santiago del Estero, 17 de diciembre de 1929.

instituciones de las provincias están contribuyendo, en forma eficaz, a las investigaciones científicas, que no tienen por qué ser el patrimonio de la Capital Federal.

“El otro aspecto, no menos interesante y digno de mención, es la interpretación de aquellos hechos y las correlaciones que de ellos deducen sus descubridores, con un acopio de términos de comparación que les ha obligado a una revisión de casi toda la arqueología americana. Entra aquí el inevitable factor subjetivo, sin el cual no existe — es casi redundante decirlo — ninguna tarea de elaboración mental, pero que en ésta es quizá mayor que en otras ramas de la ciencia, por lo mismo que se trata de los fenómenos complejos y sutiles de una psicología extinguida hace muchos siglos, que una nueva psicología trata de penetrar, desentrañar y reconstruir. Estas interpretaciones y conclusiones quedan, naturalmente, libradas a la discusión de los estudiosos y, desde luego, podrán o no ser aceptadas; pero cualesquiera sean las reservas que pudieran formularse, y sin que esto implique siquiera la intención de anticipar un juicio en ningún sentido, quedará en pie no sólo este aporte objetivo de innegable valor, sino también otras características morales que deben ser muy especialmente realizadas: me refiero a la sincera convicción, a la honrada franqueza, a la buena fe y a la respetuosa modestia, no exenta de firmeza y de intrepidez, con que los señores Wagner exponen sus ideas. Cuando, como en el caso presente, todas estas condiciones — no siempre concurrentes, por desgracia — se añaden a una claridad de pensamiento y de expresión — que el idioma francés acentúa con su maravillosa flexibilidad —, estas generalizaciones cobran cierta elegancia espiritual, y si a veces pueden no convencer completamente, siempre despiertan un profundo interés y seducen por la misma fecundidad de las sugerencias que suscitan.”

Debo añadir ahora que si las precedentes palabras hubiesen sido escritas después de conocer el tomo I (1934) de la hermosa obra de los hermanos Wagner, las salvedades expresadas deberían haber sido mayores. No soy arqueólogo, ni tengo opiniones comprometidas. Estoy obligado, sin embargo, a conocer lo suficiente de esa materia como para comprender cuán justificados son los reparos formulados a la forma en que los autores han encarado su tema y a muchas de sus conclusiones. Lo digo con verdadero pesar y con la misma sinceridad con que fué hecho el precedente elogio. Es muy sensible que los autores se hayan dejado sugerir por consideraciones extracientíficas, — o aparentemente científicas —, propias o extrañas, y no hayan querido escuchar, en cambio la de sus colegas del Museo de Buenos Aires, a los que expresan gentilmente su reconocimiento en la *Advertencia* (pág. XVII), y quienes con amistoso empeño y con tan buenos argumentos trataron de disuadir a Duncan Wagner de que se comprometiera en afirmaciones y correlaciones tan arriesgadas. Pero sobre todo, es sensible que no hayan publicado en ese primer tomo, como era lo lógico, la descripción detallada y metódica de los hallazgos, de los yacimientos y de los materiales tan profusamente figurados, y separadamente todas las conclusiones y reflexiones que hubiesen creído convenientes.